

RODRÍGUEZ MURPHY, Elena

Traducción y literatura africana: multilingüismo y transculturación en la narrativa nigeriana de expresión inglesa

Granada: Comares, 2015, 220 p.

ISBN 978-84-904521-8-9

A pesar de la escasa distancia geográfica que la separa de él, Europa sigue, en el siglo XXI, muy alejada del continente africano, al que se sigue interpretando desde visiones estereotipadas muy ancladas en nuestras mentes occidentales. El libro de Elena Rodríguez Murphy, *Traducción y literatura africana: multilingüismo y transculturación en la narrativa nigeriana de expresión inglesa*, que acaba de publicar la editorial granadina Comares (febrero de 2015), constituye sin duda una vía de acercamiento alternativa. Se trata del primer monográfico de su autora, que destaca por haber firmado, entre otros artículos, valiosas entrevistas con una de las escritoras nigerianas contemporáneas de mayor envergadura, Sefi Atta (2012) así como a dos de los mayores expertos en la materia, Marta Sofía López (2014) y Paul Bandia (2015). En él, se apoya en el evidente desarrollo de las letras nigerianas de expresión inglesa, una de las literaturas africanas más prolíficas desde la concesión del premio Nobel a Wole Soyinka en 1986, y aborda su estudio desde el enfoque traductológico. Concretamente, su análisis desde los conceptos desarrollados por los *Post-colonial Studies* le permite destacar la hibridación lingüística y cultural de los textos originales así como los retos traductores planteados por estas escrituras complejas. En este sentido, aunque se centre exclusivamente en la narrativa nigeriana, el estudio constituye una aportación novedosa de sumo interés para cualquiera que se interese por la producción literaria de los seres mestizos paradigmáticos de la sociedad multicultural y globalizada en la que vivimos.

La obra, prologada por Pilar Godayol, que incide en el «clima discursivo antie-

sencialista, postestructuralista, postpositivista y postcolonialista» (XII) del estudio de Rodríguez Murphy y lo define como «fascinante ejercicio de “traducción”», (XIII) se estructura en seis capítulos muy equilibrados.

En el primer capítulo, la autora se sumerge en la producción literaria de la llamada «primera generación» de escritores africanos y muestra como, en respuesta al fenómeno imperialista y con el objetivo de «reparar» las construcciones discursivas sobre el continente africano heredadas del drama de la esclavitud y del periodo colonial, se inicia una «re-escritura» de África mediante la apropiación de la lengua inglesa. De este modo y basándose sobre todo en los textos de Chinua Achebe, define lo que Bandia (2008) ha denominado un «tercer código», una escritura creativa en la que las estrategias traductorales afloran y en la que se perciben elementos propios de las culturas y las lenguas africanas.

En el segundo capítulo, se hace eco de la evolución de dicho lenguaje y propone un análisis de la narrativa de la nueva generación «afropolitana» de escritores nigerianos que se caracteriza fundamentalmente por abordar nuevas temáticas propias de su entorno globalizado y transmitir la hibridación de los espacios postcoloniales actuales mediante una lengua «transculturada». Así, tras repasar de modo muy esclarecedor los conceptos clave de los Estudios Postcoloniales y destacar su pertinencia para comprender las complejas relaciones de poder que imperan en la sociedad globalizada actual, desarrolla la noción de «transculturación» que revela la evolución lingüístico-cultural de los autores nigerianos, aunque sin duda resulta muy interesante y aplicable a gran parte de las

escrituras híbridas de nuestros tiempos al reflejar la forma en la que las letras minorizadas hacen suya la lengua occidental en la que se expresan sin complejos.

Para ilustrar este proceso de internacionalización del inglés, Rodríguez Murphy se detiene en el tercer capítulo en la escritura de dos mujeres, Chimamanda Ngozi Adichie y Sefi Atta, mostrándonos las estrategias que utilizan para expresar la pluralidad de voces que las habitan y teniendo en cuenta sus experiencias transnacionales. Para ello, ofrece primero un breve análisis de la situación lingüística actual de Nigeria, tan compleja como apasionante y que sin duda necesitaría mayor profundización para poder apreciarla en todos sus matices.

A partir del cuarto capítulo, una vez descrito el panorama literario que constituye el corpus de estudio y planteados los conceptos teóricos fundamentales, la investigadora se centra en la perspectiva traductológica e inicia el análisis de los retos planteados a los traductores por las obras de Achebe, Adichie y Atta. Tras recordar de forma muy pertinente la evolución de los Estudios de Traducción y la introducción de conceptos hoy tan fundamentales como la no neutralidad del lenguaje y el papel del traductor como reescritor, así como destacar la importancia de reflexionar sobre el contexto político y cultural de esta reescritura, pone de relieve la necesidad de favorecer el diálogo y la negociación, de ir más allá de las dicotomías que plantean la traducción como un «proceso de aculturación entre dos culturas monolingües» (p. 109), todo ello valiéndose de los enfoques teóricos desarrollados por los investigadores más destacados del contexto postcolonial como Bhabha, Spivak o sobre todo Bandia y adoptando una postura cosmopolita en el sentido de Cronin o Appiah (capítulo 4). Finalmente, concluye este capítulo de corte metodológico con la introducción de la noción de «translocation» propuesta muy recientemente por Bandia para superar la oposi-

ción entre colonizador y colonizado y subrayar el carácter transnacional y heterolingüe de las producciones literarias africanas contemporáneas.

En el quinto capítulo, ofrece un análisis detallado de las traducciones de *Things Fall Apart*, de Achebe, aunque también menciona el caso de otras obras del autor. El mayor interés reside en su enfoque diacrónico, ya que aprovecha el hecho de que la novela haya sido objeto de distintas traducciones para revelar las múltiples narraciones que se desprenden de cada una de ellas, demostrando así la necesidad de aceptar cierta «intraducibilidad» inherente a los textos postcoloniales.

Finalmente, en el sexto y último capítulo, aplica su enfoque teórico al estudio pormenorizado de diversas traducciones de novelas recientes de Adichie y Atta haciendo hincapié en la consagración estadounidense y por lo tanto en la inclusión de obras y escritoras en la República mundial de las letras (Casanova 2001 [1999]). De las reescrituras en español, destaca en muchos casos su carácter exotizante así como la neutralización de la complejidad lingüística original, aunque no deja de subrayar la responsabilidad compartida de traductores y editores y la existencia de propuestas novedosas como, por ejemplo, el hecho de volcar el pidgin nigeriano en la lengua que se suele usar en Guinea Ecuatorial.

Como no podía ser de otra manera, el ensayo concluye destacando el abismo que sigue existiendo entre la reflexión académica y la práctica traductora, así como la necesidad de considerar la traducción como proceso siempre inacabado e incompleto. Sin embargo, resulta sobre todo interesante que la autora dedique buena parte de sus reflexiones finales a ampliar su campo de visión y abrir múltiples caminos de investigación en torno a su estudio. Sin duda, aborda una temática novedosa que no solo constituye una valiosa aportación tanto a los Estudios Africanos como a la traductología, sino que abre perspectivas

futuras. El hecho de que su análisis se centre en la narrativa nigeriana aparece, pues, como una invitación a seguir investigando este campo tan sutil y lleno de matices para lograr establecer un diálogo fructífero entre las múltiples voces que pueblan nuestro entorno híbrido globalizado. Y quizás esta necesidad parezca tener aun mayor urgencia en nuestro país, convertido

hoy en una de las principales puertas hacia Occidente de miles de africanos en busca de un hipotético paraíso.

Chloé Signès

Universidad de Salamanca
Departamento de Traducción

